

Entre dos hogares: sentimiento de pertenencia lejos de casa



Juan Diego Bonilla Cuevas
SAESIC
2100067k@umich.mx

Introducción

Al hablar del estudiante de medicina suele resaltarse el rigor académico, las horas de sueño o de estudio. Sin embargo, existen aspectos menos visibles que también afectan el bienestar del estudiante. Uno de ellos es la experiencia de ser foráneo. Estudiar lejos del lugar de origen, más que un cambio de residencia implica vivir con una constante pregunta, ¿dónde está realmente el hogar?

El presente artículo reflexiona sobre la vivencia de estudiantes de medicina que, tras mudarse y estar varios semestres lejos de casa, enfrentan en cada periodo vacacional un dilema silencioso: no sentirse plenamente parte ni de su ciudad natal ni del lugar donde estudian.

El dilema del estudiante foráneo

La vida foránea obliga a un proceso de adaptación permanente. En la ciudad donde estudia, el estudiante va construyendo rutinas, amistades y hasta un cierto sentido de identidad profesional; sin embargo, cuando llegan las vacaciones, el regreso al lugar de origen puede convertirse en una experiencia desconcertante y hasta confusa, sobre todo para quienes nunca se habían desapegado de su familia. Lo que antes era lo cotidiano ahora se percibe con distancia: la casa se siente igual, pero no completamente propia.

Al volver, descubre que las dinámicas familiares han seguido su curso. Las conversaciones giran en torno a cosas que sucedieron en su ausencia, los amigos de la infancia tienen nuevas historias y compromisos, y hasta los lugares de siempre se sienten distintos, como si uno regresara a un sitio que ya no le pertenece del todo. La sensación es la de ser un visitante temporal en el que alguna vez fue su hogar.

Por otro lado, en la ciudad universitaria existen vínculos y costumbres que le resultan familiares: los pasillos de la facultad, los cafés donde estudia, los compañeros que se convierten en familia. Sin embargo, ahí también hay un recordatorio constante de que se es “foráneo”. La etiqueta pesa: aunque se construye una vida en ese espacio, siempre queda la impresión de no estar completamente integrado.

En medio de esas dos realidades, surge un sentimiento difícil de explicar. No se trata de no tener un hogar, sino de vivir dividido entre dos, sin sentirse del todo parte en ninguno. Ese estado intermedio acompaña al estudiante en silencio, marcando sus experiencias tanto dentro como fuera del ámbito académico.

Construcción de pertenencia y resiliencia

Frente a esta dualidad, los estudiantes encuentran formas de reconstruir su sentido de pertenencia. Amistades cercanas, círculos de apoyo, rutinas estables e incluso la compañía de una mascota pueden convertirse en anclas emocionales que ofrecen seguridad y alivio.

La resiliencia en este contexto no consiste en elegir entre la ciudad natal o la universitaria, sino en aceptar que ambos espacios forman parte de la identidad. Así, el estudiante deja de ser únicamente “el hijo que se fue” o “el foráneo que estudia medicina”, en cambio, se convierte en alguien que aprende a integrar distintas realidades en su proceso de formación personal y profesional.

La vulnerabilidad que la bata no cubre

En la narrativa médica suele resaltarse la disciplina, la entrega y la capacidad de resistencia, como si fueran los únicos pilares de la formación. Con frecuencia, estas exigencias se normalizan e incluso se convierten en tabúes: se asume que el cansancio extremo, la soledad o el sacrificio personal forman parte inevitable de la carrera, y se espera que los estudiantes lo acepten en silencio. Sin embargo, rara vez se toman en cuenta los aspectos personales que también moldean la experiencia. En el caso de los estudiantes foráneos, la soledad, el desarraigo y la búsqueda de pertenencia son factores invisibles que pesan tanto como cualquier carga académica. Estas vivencias no aparecen en los planes de estudio ni en los manuales clínicos, pero inciden directamente en la motivación, en la forma en que los estudiantes enfrentan las exigencias del aula y, en última instancia, en su bienestar integral.

Reconocer estas realidades es fundamental para comprender que detrás de cada bata blanca hay una historia personal que influye en la manera en que se vive la medicina.

Conclusión

La experiencia de los estudiantes que dividen su vida entre la ciudad de origen y la universitaria evidencia que la carga emocional no siempre se mide en exámenes o largas jornadas de estudio. También, se manifiesta en la vulnerabilidad que provoca el desarraigo, en esa sensación constante de no sentirse completamente parte de ningún lugar.

En este contexto, la resiliencia se entiende como la capacidad de reconocer que es posible tener más de un hogar. Aceptar que ambos espacios forman parte de la identidad personal y académica no solo brinda estabilidad emocional, sino que también fortalece al estudiante al dotarlo de recursos internos para enfrentar los retos de la carrera de medicina.